

ESPACIOS PÚBLICOS-PRIVADOS E  
INTELECTUALES

*Carlos Ossandón Buljevic*

## CARLOS OSSANDÓN BULJEVIC

Profesor de Estado en Filosofía titulado en la Pontificia Universidad Católica de Chile y Doctor en Filosofía graduado en la Universidad de Gante, Bélgica. En la actualidad es miembro del Consejo Académico del Magíster en Comunicación Política del ICEI y de los claustros académicos del Doctorado en Estudios Latinoamericanos, del Doctorado en Ciencias Sociales y del Doctorado en Filosofía de la Universidad de Chile.

## ESPACIOS PÚBLICOS-PRIVADOS E INTELLECTUALES

Se ha venido planteando que esa ambigua voz (los “intelectuales”) que comenzó a popularizarse a raíz de la irrupción pública de estos en el caso Dreyfus (1898), estaría hoy experimentando fuertes desencajes o fricciones. Los intelectuales estarían enfrentados hoy a un espacio comunicacional que opera a través de ejes, temporalidades o formatos muy distintos a aquellos con los que se reconoció la cultura “letrada” clásica<sup>8</sup>. Que la velocidad y la aceleración, que los éxtasis, vértigos y proximidades, que las imágenes y tráfigos audiovisuales, que la expansión sin norte ni pausa de internet, o los nuevos modos de “narrar” (repletos de saltos, flujos, descentramientos, etc.), dejarían en mal pie a unos sujetos que se reconocen más bien en la “distancia” que establecen con lo dado, en la “coherencia” o linealidad de sus creaciones, y básicamente en la escritura; soporte que, al menos en el caso del libro (bastante menos en esa “literatura bajo presión” que es el periodismo), exhibiría unos ritmos más acompasados o crepusculares. No es casual, por lo tanto, que términos tales como “decadencia”, “descrédito”, “declive”, e incluso “extinción”, aparezcan en algunos de los títulos de textos publicados sobre el tema, según lo reseña Norberto Bobbio.

No son estas, sin embargo, las únicas razones que se han indicado para explicar la falta de protagonismo de los intelectuales o su menor presencia político-pública. Ellas van desde la crisis del espacio deliberativo liberal, los “aprietos” que sufren el raciocinio o la demostración racional en los programas televisivos, la desvalorización del libro o de la lectura en la “cultura de masas”, la preeminencia cada vez mayor en dicha cultura de los elementos connotativos y semiológicos por sobre los denotativos y semánticos, el desarrollo en la cultura audiovisual de lecturas “pulsionales” que coexisten, establecen síntesis o entran en roce con las “simbólicas” (Rafael Del Villar), hasta el desvanecimiento del “aura” de los “grandes autores” o la dificultad de estos de generar estilos, escuelas o de provocar intervenciones capaces de “remecer” el escenario público (Tomás Maldonado).

---

8 Al hablar de “intelectuales” estoy pensando más en “ideólogos” que en “expertos” según una distinción hecha por Norberto Bobbio; más en el intelectual “habermasiano” o con vocación pública que en el “kuhniano” que opera al interior de la “ciencia normal”, según una distinción hecha por Alvin Gouldner.

No debiera extrañar demasiado, en consecuencia, que de un modo algo similar a lo que ocurrió con esa intelectualidad emergente de fines del XIX en América Latina (estoy pensando en particular en Rubén Darío), cunda ahora también, aunque con otros ingredientes, una especie de pánico, de “sensibilidad amenazada” o de “terror letrado” (Graciela Montaldo) ante los nuevos usos, tecnologías o estéticas de la comunicación.

Puede iluminar esta situación el modo como Pierre Bourdieu analiza la configuración de un “campo periodístico” (en sentido amplio) cuyo enorme peso y capacidad de expansión ha terminado por amenazar las prerrogativas y posibilidades de otros dominios: el político, y la democracia, en especial; cómo el “campo periodístico” ha venido proyectándose o absorbiendo este último, obligando a la política a operar dentro de sus parámetros, cuestión que tiene catastróficos resultados para la política misma.

La necesidad de “entretener”, el escamoteo de informaciones capaces de activar la ciudadanía, los juegos del “esconder mostrando”, la transformación de la política en un “espectáculo” más, el privilegio del “instante” y de una visión “fragmentada” de las cosas por sobre los “procesos” o visiones más “estructurales” (cuestión visible en los noticieros televisivos, por ejemplo), así como todas esas “leyes” que reproducen al “campo periodístico” como tal (la compulsión por la “primicia”, la “audiencia” o las “movidas” de la “competencia”, etc.) y que, a su vez, construyen la realidad social, son algunas de las principales operaciones a partir de las cuales se reinstala, extiende y arrasa este poder. De aquí que Bourdieu sienta la necesidad de contribuir a revertir estos desequilibrios, de hacer valer modos distintos o diferenciados de validación cultural, o de combatir indebidas hegemonías.

Creo completamente pertinente y oportuna esta crítica al “campo periodístico”: a la fuerza de su autorreproducción o circularidad, a sus impúdicos cierres, a la violencia simbólica que ejerce sobre otros campos, o a las asimilaciones o a las constricciones que sobre este ejercen las fuerzas del mercado. Entre dicho “campo” y la sociedad que lo “mantiene” (bueno sería conservar analíticamente esta relación) se vienen construyendo unas compulsiones (¿quién puede hoy situarse fuera del “marketing”?) que estructuran un nuevo sentido común, y que tocan o “integran” incluso hasta al más “apocalíptico” de los críticos.

Sin embargo, y yendo ahora más allá de Bourdieu, me parece importante que la crítica a lo actual esté igualmente precavida de posiciones meramente reactivas o que no hacen mayor cuestión respecto de antiguos e igualmente duros disciplinamientos, como tampoco de las no menos antiguas asimilaciones o traducciones que el mundo de la letra ha efectuado respecto de mundos con soportes aparentemente menos poderosos (el de la oralidad, por ejemplo, como ha recordado Ángel Rama). No sería conveniente que esa crítica olvide esos fondos abisales presentes en

cambiantes y singulares prácticas o “juegos de verdad”, tendientes a mitigar o cubrir nuestro ancestral temor al caos, a la locura o a la no necesidad del mundo que habitamos. Es evidente, por otro lado, que la cultura letrada, atendiendo sus ricas y diversas manifestaciones, ha alentado perspectivas emancipadores y críticas que se mantienen completamente abiertas.

Es cierto que es muy poco estimulante constatar cómo el mediador o “crítico de arte” ilustrado (a la Voltaire, por poner un buen ejemplo) sea reemplazado por unas “estrellitas” con los cuales los diarios o las revistas de “variedades” cualifican las películas de la semana; o los protagonismos de los “animadores” de la radio o la televisión y las curiosas complicidades que se originan entre estos y un público expectante y deseoso de ser “atendido”; o los excesos y simulacros de una especie de “pansemosis” tan infinita como embriagadora que se aprecia por distintos lados. Sin embargo, la constatación, por otra parte, de la pérdida de eco político-público de unos sujetos (volvemos al intelectual “habermasiano”) que, en otros escenarios, pudieron proclamar la “verdad”, la “justicia” o la “belleza” de las cosas, no debiera necesariamente llevar, como único camino, a actitudes meramente reactivas, en la medida que estas suelen bloquear la percepción de unos horizontes culturales que requieren para su comprensión y crítica del manejo de códigos muy específicos, de marcos de interpretación o de categorías analíticas que no están naturalmente a la mano, o de mapas cognitivos que no son nada fáciles de asimilar o de construir.

Me parece evidente que las transformaciones que tensionan o complejizan los nuevos escenarios públicos-privados, aun cuando no son totales, exigen revisar determinados diagnósticos y formas de pensar, ya que de lo contrario se hace cuesta arriba captar con todas sus conflictividades los importantes cambios que experimentan hoy las sociabilidades y los procesos de construcción de identidades, así como las peculiaridades propias de los distintos sistemas o subsistemas que coexisten, se cruzan o se relacionan en lo que muy genéricamente suele llamarse la cultura audiovisual<sup>9</sup>. Estos cambios no tienen que ver solamente con nuevas tecnologías y formatos comunicacionales, sino también o muy principalmente con nuevos modos de significación y circulación de los signos, con mutaciones en las matrices cognitivas o de comprensión del mundo, con complejas mediaciones, apropiaciones o mixturas culturales. Todo esto en los marcos o formando parte de la expansión del capitalismo globalizado o multinacional, de unas abismales e irritantes desigualdades y de una “hiperindustria cultural” (Álvaro Cuadra) de

---

9 René Jara, Claudio Salinas y Hans Stange han llamado la atención sobre los desajustes epistemológicos que se constatan en algunos de los estudios abocados expresamente a temas comunicacionales. Si bien los autores no buscan un nuevo *vademécum*, sí incentivan interesantes desplazamientos o reorientaciones conceptuales. Ver Referencias.

alcance planetario que opera con la participación activa de millones de usuarios. Contrariamente a lo que ha creído percibir un cierto postmodernismo celebratorio, estos marcos expresan y traen en sus entrañas unas conmociones o unas “guerras” inéditas, como jamás las ha habido en la tierra, tal como lo señaló en otro contexto el autor de *Ecce Homo*.

Por otra parte, pienso que estos inquietantes nuevos tiempos pueden con todo ser también tiempos propicios para “parar” mundos familiares, pero extraños a lo que se está dando y saturando allá fuera, en los extramuros. No voy a recordar aquí la fertilidad histórica que para la creación intelectual ha tenido la incursión por desconocidos territorios, como tampoco los obstáculos o cegueras que han representado las sujeciones o inercias propias. Sin este esfuerzo de revisión, existe el riesgo que nos quedemos con unos devastadores acosos que sortear o unas pesadas identidades que defender. Me parece claro que cuando estas viejas y porfiadas seguridades imperan, ellas “distraen” o restan radicalidad política a las perspectivas críticas.

Creo insoslayable atender entonces las nuevas mediaciones, lenguajes y prácticas que se dan en los escenarios comunicacionales, las nuevas experiencias del tiempo y del espacio que traen consigo los soportes digitales, los nuevos vínculos o redes que unen a veces transitoriamente y las más de las veces sin mayor espesor a los sujetos intervinientes. La perspectiva crítica no se enemista aquí con una mejor comprensión de lo que se da delante de nuestros ojos. Pero, a su vez, es siempre saludable que estos esfuerzos de comprensión busquen problematizar o remover los límites de lo dado, atendiendo críticamente formas nuevas de contestación o participación política. Es esta una tarea ciudadana, plural, irrenunciable, que se apoya en la necesidad de rehacer permanentemente el mundo, en el entendido que el proyecto de una vida mejor nunca se nos dará completamente clausurándose en una suerte de última *parousía*.

En este sentido, y como un modo de ubicarnos ahora en una perspectiva distinta, pero que no la percibimos en contradicción con lo que venimos sosteniendo, no es justo que nos resignemos a la separación que habitualmente se hace entre la “palabra” y la “acción”, separación que suele ir en desmedro de la primera en beneficio de la segunda. Remover este específico “reparto de lo sensible”, en la conocida y sobreusada expresión de Jacques Rancière, tiene la virtud de volver a reconocer bajo nuevas condiciones la potencialidad movilizadora, iluminadora y emancipadora que tiene la palabra (o el texto escrito) en un contexto que parece haberla “descentrado”, pero que pudiese no ser completamente negativo para la palabra misma en la medida que la obliga a bajar pretensiones desmesuradas y a coexistir con otros códigos, sensibilidades y rendimientos cognitivos.

Sin renunciar en consecuencia a todo el rico haber de la cultura de la cual somos portadores, cabe dejar abierta la pregunta sobre los intelectuales y sobre las posibilidades de una visión crítica que, atenta a las particiones que nos constituyen y a su vocación transformadora, no se autoexilie ni se autolimita por la ajenidad que muestra ante las nuevas sensibilidades, percepciones y prácticas que están definiendo nuestro presente.

## REFERENCIAS

- Jean Baudrillard, “El éxtasis de la comunicación”, Hal Foster, *La postmodernidad*, España, Kairós, 2002.
- Norberto Bobbio, *La duda y la elección: intelectuales y poder en la sociedad contemporánea*, Barcelona, Paidós, 1997.
- Pierre Bourdieu, *Sobre la televisión*, Barcelona, Anagrama, 1997.
- , *Contre-feux*, France, Raison d’agir Eds., 1998.
- Álvaro Cuadra, *Hiperindustria cultural*, Chile, Arcis, 2008.
- Rafael Del Villar, *Información simbólica / información pulsional*, <https://www.u-cursos.cl/icei/2010>.
- Alvin Gouldner, *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase*, Madrid, Alianza Editorial, 1985.
- Fredric Jameson, *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*, Barcelona, Paidós, 1991.
- René Jara, Claudio Salinas, Hans Stange, “Las interpretaciones violentas: hegemonía, crítica y estudios en comunicación”, en revista *Mapocho*, n. 58, Chile, Dibam, 2005.
- Tomás Maldonado, *¿Qué es un intelectual?: Aventuras y desventuras de un rol*, España, Paidós, 1998.
- Graciela Montaldo, *La sensibilidad amenazada. Fin de siglo y modernismo*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 1995.
- Friedrich Nietzsche, *Ecce Homo*, Buenos Aires, Losada, 2004.
- Ángel Rama, *La ciudad letrada*, Hanover, Ed. del Norte, 1984.
- Jacques Rancière, *El reparto de lo sensible: estética y política*, Santiago, Lom, 2009.
- Edward Said, *Representaciones del Intelectual*, México, Random House Mondadori, 2009.
- Beatriz Sarlo, *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y videocultura en la Argentina*, Buenos Aires, Ariel, 1994.
- , “En la cultura del zapping”. *Entrevista de Faride Zeran en el Diario La Época*, Chile, 15 junio 1997.